

Silvia Bleichmar

SOBRE LAS CRUELDADES DEL AMOR



Freud con su padre, 1864

Para Ernesto, Marina y Pablo

Un niño que está en vías de terminar su tratamiento llega a sesión con una lata en cuya tapa ha abierto algunos agujeritos, como esas que se hacen para guardar un animal volador sin que se escape pero evitando la muerte por asfixia. Al entrar dice: “¡Sorpresa! Tienes que adivinar qué traigo. Es un animal, que come de todo y es volador.” Digo: “una mariposa” No. “Una polilla.” No. “¿Te das por vencida?” “No, digo, una mosca.” “Sí, una mosca sin alas”, responde. Abre la lata y la mosca desalada cae sobre la alfombra. “Le saqué las alas para traértela”, agrega.

Hace una semana me llamó la madre para contarme que el niño está raro, como regresivo. Juega a que es un bebé, se queja de tener que comportarse como grande. Sin embargo, señala, no es que no se dé cuenta de lo que hace. Es como un juego.

Interpreto: Has traído ese “animal que come de todo” para mostrarme hasta dónde serías capaz de llegar para no separarte de mamá y de mí. Si creces, si vuelas, deberás terminar el tratamiento, deberás ser un niño grande y ya sólo podrás jugar a ser un bebé porque no serás un bebé.

La mutilación es el medio por el cual evita él mismo tener alas. El animal que “come de todo” remite al inicio del tratamiento, ya que llegó a consulta por morderse su propia ropa hasta desgarrarla.

Recuerdo un viejo cuento sufi. Un pajarito volador es adoptado por un ave que no sabe volar. A medida que el pajarito crece crecen sus alas, hasta el año en que una bandada de pájaros de su misma especie pasa por el pueblo donde habita con su madre adoptiva. La madre piensa: “Si yo supiera volar enseñaría a mi hijo a hacerlo y lo vería retozar en el cielo con sus iguales.” Por su parte el hijo piensa: “Si mi madre, que es tan sabia, aún no me ha enseñado, es porque aún no debe ser mi tiempo. Debe estar esperando el momento oportuno para hacerlo.” ¡Qué distintas hubieran sido las cosas si cada uno hubiera podido expresar su pensamiento!

Pero la madre que acude a una consulta reconoce en algún lugar de sí misma que necesita de otro que ayude a su hijo a aprender a volar. Y es víctima, junto con su hijo, de su propia impotencia. ¿Y por qué no pensar también que detrás del dolor manifiesto de la madre-ave se esconde el profundo desgarramiento de tener que reconocer a su hijo como no idéntico a sí misma? O es que, en este sentido ¿no son todos los niños en algún momento de su vida “adoptivos” de sus propios padres?

Pero aún otra reflexión. No es con lo que la madre calla que el niño elabora su teoría. Ni siquiera con lo que la madre dice. Sino con esa franja que queda oscura de la conducta materna a la cual el niño debe responder con una elabora-

ción que recubra lo que desconoce.

¿Es el deseo materno que el pajarito vuele? Eso no está en lo manifiesto del discurso. Nunca ha sido formulado discursivamente. Tampoco está en el inconsciente reprimido materno. Podríamos decir que está en una zona del preconscious materno que al mantenerse oculto en el silencio no deriva en símbolo.

¿O podríamos, tal vez, pensar que el deseo materno es de que el hijo no vuele? Suponiendo que este deseo fuera inconsciente, no sería en este caso deseo de no-vuelo —ya que el mismo estatus de inconsciente le impediría regirse por la negación. Podría ser deseo de que sea “idéntico a mí misma”, y en este caso la castración de las posibilidades voladoras del pajarito no sería sino la consecuencia de *las crueldades del amor*.

Tanto la madre como el hijo son víctimas de lo que desconocen. Pero aquello que desconocen no es idéntico. En el caso de nuestra madre ave es el volar lo que no sabe. En el caso del pajarito es el hecho de pertenecer a otra especie que determina el sufrimiento en su desconocimiento. Si nuestro pajarito fuera un neurótico preferiría no aprender nunca, no sólo a volar, sino a conocer su propia especie, para no perder el sentimiento de pertenencia a su propia madre que posee. Tal vez conservaría así la única certeza que lo mantiene en la tierra, la madre tierra. Si la madre de nuestro pajarito fuera madre de neurótico, cada vez que viera pasar la bandada diría —para ocultar su dolor e impotencia— en un tono recriminatorio: “Yo no sé cómo las madres permiten a sus hijos hacer esas tonterías que sólo ponen en riesgo su vida y no proporcionan ningún placer”. Nuestro pajarito, silenciosamente, respondería con un aletear inconsciente de sus alas inútiles, y tal vez comenzaría a girar con un movimiento hiperkinético. Algo *lo agitaría* desde sí mismo sin que él mismo pudiera saber qué es exactamente lo que lo produce, ni cómo se llama aquello que lo perturba. Desconocería también que su madre, amorosamente, cuando él todavía no tenía entendimiento, acarició y limpió esas alas que representaban para ella el símbolo mismo de “lo que podía volar” guardando silencio luego sobre sus actos para siempre.

• • •

Las reflexiones que anteceden son efecto de una práctica, la práctica psicoanalítica, pero también la práctica materna. Relación particular ésta del psicoanalista con su propia tarea que a la vez lo confronta constantemente a sus propios fantasmas. De ahí que el análisis del analista no sea un acontecimiento más en su vida. Es la condición misma de su existencia como tal. Tanto como lo es su propia neurosis.

La práctica, como vocablo, tiene sus propios matices: “que concierne a la acción”, “transformación de la realidad exterior por la voluntad humana” (así lo define entre otras acepciones el Robert); “activo, que obra” (propone en su etimología griega Corominas). Sin embargo, las formas de transformación de la realidad por el hombre pueden tomar los aspectos más sutiles, y en algunos casos, estamos tan habituados a ellas que hay ocasiones en las cuales no alcanzamos a descubrir sus alcances. Así, el vínculo materno como vínculo transformador de la realidad forma parte de una práctica, sin que podamos decir que esta práctica esté regida por la voluntad.

El psicoanálisis mostró que el hombre está habitado por la *pasión*, pasión de la cual sólo conoce los efectos (¿podríamos decir los afectos?) sin que ello implique que maneje sus determinaciones. La práctica materna se ubica así entre las “prácticas antinaturales”, aquellas que subvierten la naturaleza para generar un producto nuevo, un producto de cultura, un producto, él también, “antinatural”. Eso es un niño. Habitado por una pasión que desconoce nadie puede darle cuenta de ello porque aquél que introdujo esa pasión también la desconoce. La madre es tan ignorante de su deseo como el niño lo será en tanto objeto constituido.

Una simplificación fácil de esta problemática ha llevado a fórmulas estrechas: “lo que enferma a un niño es la falta de amor”, “el hijo no deseado está condenado a la neurosis”. ¿Como si fueran los padres, sujetos de la conciencia y la voluntad, y los analistas, sujetos del saber y la verdad, quienes pudieran definir esta contienda monumental entre el odio y el amor a través de algo tan simple como la normatividad!

La vieja psiquiatría organicista, cuando se encontraba con un niño mentalmente enfermo, decía: “pobres padres, qué tragedia les llegó”. Luego la psicología pasó a la posición inversa: “pobre niño, su enfermedad es efecto de lo que sus padres hicieron con él”. Ambas se tocaban en un punto: los padres, despojados de inconsciente, eran amos de sus propios actos. El psicoanálisis ayuda a una comprensión en la cual ubica a los actores como partícipes de un drama cuyo libreto desconocen. El inconsciente, *regisseur* del papel que cada uno jugará, ni siquiera tiene el control general de la obra: sólo el de aquél cuyas acciones determina.

Así, simplificar hablando de amor y odio desde lo manifiesto sólo conduce a una normatividad más escolar que efectiva. El niño, si logra la existencia, siempre es deseado en algún lugar y no deseado en otro. La madre sólo conoce una parte de la realidad y ni siquiera sabe el por qué de este aspecto parcial que reconoce.

Freud comenzó a trabajar en la teoría de la realidad psíquica, del fantasma, a partir de la caída de la teoría de la seducción. Realidad psíquica: algo que tendría consistencia real sin que pudiera ser verificable en la existencia externa, algo que podría considerarse como la materialidad propia del psiquismo.

¿En qué había consistido la teoría de la seducción? Entre 1895 y 1897, trabajando con histéricas, Freud había llegado a la conclusión de que en la vida de los neuróticos había una escena, *real*, de seducción en la cual el sujeto (generalmente niño) había sufrido pasivamente por parte de otro (generalmente adulto) insinuaciones o maniobras sexuales. Este episodio de seducción que había desencadenado traumáticamente la constitución del síntoma era buscado como un recuerdo realmente vivido en el proceso de la cura, la cual intentaba la abreacción (descarga emocional por medio de la cual el sujeto se libera del efecto ligado al recuerdo del acon-

tecimiento traumático) o la integración del recuerdo en una serie asociativa que permitiera la corrección del acontecimiento, su reinstalación en el lugar correspondiente.

El 11 de septiembre de 1897, en una carta a Fliess que ahora es un clásico de la literatura psicoanalítica, Freud reconoce el fracaso en la búsqueda de ese episodio realmente vivido. “Ya no creo en mi *Neurótica* (es decir, en la teoría de la neurosis fundada en la seducción),... Empezaré por el principio señalándote de dónde surgieron los motivos de mi actual incredulidad. El primer grupo lo forman los continuos desengaños en mis intentos de llevar mis análisis a su verdadera conclusión; las deserciones, ...la falta de éxitos completos que tenía motivos para esperar... En segundo lugar, la sorpresa de comprobar que todos los casos obligaban a acusar al padre de perversión... En tercer término, la innegable comprobación de que en el inconsciente no existe un “indicio de realidad”, de modo que es imposible distinguir la verdad frente a una ficción afectivamente catectizada”.

Afortunada desilusión ésta, que lo lleva a tener que rastrear los constituyentes del psiquismo en una dirección nueva, a constituir la teoría del inconsciente y de la sexualidad infantil.

Y sin embargo, aunque la teoría de la seducción no se conserve como tal en el desarrollo posterior de la obra, encuentra un lugar a través de una vertiente nueva. No siendo el psiquismo un reflejo exacto de una realidad vivida, constituye una elaboración de este vivido que está presente universalmente en todo niño: el hecho de que por su prematuración, por la carencia de mecanismos innatos de sobrevivencia, el niño está expuesto a la ayuda del otro humano para conservar la existencia. Ayuda paradójica que, a la vez que brinda lo necesario para la conservación de la vida, genera otro producto, ya no de orden vital, sino de orden específicamente humano: del orden del odio y el amor, es decir, de la sexualidad.

Retorna así el carácter antinatural del vínculo materno. Si su función manifiesta es el cuidado del organismo, lo oculto, lo latente, se define en otro registro que aquél de la eficiencia mecánica. Se vive por el amor a mamá y también se muere por él. Un cuadro clínico descrito por Spitz (la depresión anaclítica) lo muestra: el niño separado del objeto materno, aislado y hospitalizado, pese a poseer todos los cuidados físicos necesarios para su supervivencia, muere si no se le proporciona esa calidad particular de contacto amoroso que implica algo más que el cuidado del cuerpo.

Subversión de la naturaleza este vínculo que puede proporcionar un producto altamente peculiar, capaz de poner al servicio del amor y el odio las funciones vitales, constituir y atacar la inteligencia, proporcionar y quitar el goce. En esta verdadera dialéctica, en la cual el amo y el esclavo son ambos prisioneros, las pasiones se desatan regidas por móviles que los mismos actores desconocen. En la adultez, cuando el amor en sentido clásico del término sea reconocido, escucharemos el diálogo: “¿Qué quieres, querida?” “Lo que tú quieras, querido”. (Es decir, sólo que me quieras. Más allá de mi propio deseo, te ofrezco todo a cambio de todo porque no tolero pedir nada a cambio de nada.) Luego vendrá el “yo que lo di todo y no pedí nada...” —podríamos agregar: porque en realidad esperaba *Todo*— desatándose en el odio que genera la no correspondencia absoluta.

Así, la mosca privada de sus alas vuelve una y otra vez a anular, en su movimiento desesperado, la incapacidad de la renuncia a ese amor totalizante que sólo como mito de los orígenes encuentra su lugar definitivo en el amor.